

La fase culminante del descontento

EDUARDO NICOL

ESTE texto fue escrito por Eduardo Nicol para ser leído en el homenaje que le dio el Ateneo Español de México, en 1989, siendo luego publicado en La Gaceta del Fondo de Cultura Económica (núm. 219, marzo 1989), con el título “La fase culminante del desencanto”. Ese título no era de Nicol, se lo puso el editor de la revista y así se mantuvo en su posterior edición barcelonesa, en los Quaderns Acta (núm. 10, 1991). Tal frase pretendía haber sido entresacada del propio texto, pero con la mala fortuna de substituir, sin duda por error, “descontento” por “desencanto”, tergiversando substancialmente la intención del autor, dando pie a interpretaciones erróneas.

Para situar este escrito en su contexto conviene tener en cuenta dos cosas: primera y principal, la distinción entre filosofía y otras formas de expresión que Nicol señaló en toda su obra; segunda, las motivaciones circunstanciales del momento en que lo escribió, junto a otros textos.

El sentido fuerte de filosofía (“como ciencia rigurosa”, como entendía Husserl) recorre toda la obra de Nicol, de manera que en cualquiera de sus libros de filosofía se encuentra su fundamento y desarrollo. En La idea del hombre (México, FCE, 1977) Nicol ofrece un estudio del contexto histórico de la aparición de la filosofía como ciencia al lado de las otras vocaciones humanas, mientras que en Los principios de la ciencia (México, FCE, 1965) aborda un minucioso y detallado análisis de aquella génesis en términos sistemáticos.

Que la filosofía la haga necesariamente una persona y que sea ciencia -y no doxa- no debe inducir a error. En el primero de estos dos libros citados escribe Nicol: “El logos se despersonaliza cuando empieza a funcionar como razón-de-verdad. El logos de la poesía, en cambio, siempre es personal” (p. 260). Heráclito decía que no había que escucharle a él, sino a la razón. Parménides recurrió sutilmente a la poesía, utilizando la primera persona, sí, pero para relatar la recepción del mensaje de la diosa inspiradora, que no tiene nombre. “El filósofo recibe el mensaje; él sólo lo transmite”. La utilización de la primera persona en filosofía, pues, es excepcional y siempre tiene una explicación. Los momentos de profunda crisis de fundamento -que llevan al planteamiento de una reforma- la han requerido, como es el caso de ciertos textos de Descartes o de Kant. Nicol asume así la primera persona en su obra de reforma, dejando muy claro su sentido, nada ‘personalista’: “La tarea de reforma es eminentemente personal porque, desde el fondo de una persona, compromete a todos los hombres en tanto que persona” (La reforma de la filosofía, México, FCE, 1980, p. 14).

Otra cosa es la confusión de la filosofía con la opinión -la ideología y sus géneros expresivos, especialmente el ensayo-, que también es motivo de reflexión y alerta

en toda la obra de Nicol. Incluso de acción. Véase, en este último sentido, la presentación del primer anuario Diánoia, del que fue uno de los impulsores y primer director. Olvidémonos, decía ahí, del viejo prejuicio, según el cual “una peculiar e ingénita conformación de la mente hispánica” imposibilitaría la creación teórica y el rigor científico en nuestras culturas (“Presentación”, Diánoia, 1955, p. VII). De la labor de ese anuario de filosofía, a lo largo de los años, hasta hoy mismo, no es preciso entrar en detalles. Por lo demás, la cuestión planteada por el filósofo en aquella presentación anunciaba uno de sus libros más conocidos entre nosotros, El problema de la filosofía hispánica, de 1961, recientemente reeditado (México, FCE, 1998). Este libro se presenta, él mismo, como ensayo. Y quizás esto es lo que muchas veces no se ha tenido en cuenta, que el propio Nicol cultivó a menudo esta forma que se encuentra “a medio camino entre la pura literatura y la pura filosofía” (p. 211). La cultivó, eso sí, indicándolo minuciosamente, dejándolo bien claro que en este otro ámbito no estaba haciendo filosofía.

Y ahí es donde hay que situar conceptualmente este texto que ahora presentamos: como un ensayo, no como una aportación filosófica. Como tal tiene que ser leído: como un texto en el que el filósofo hace unas reflexiones personales. El contexto está claro: se trata de unas palabras de agradecimiento a un homenaje que se hacía a su persona y a su trayectoria. Pero hay que ampliar este contexto. En el ensayo, sean cuales sean sus características, la primera persona que habla suele ser un yo literario. Sólo en ocasiones, ese yo, además, coincide plenamente con el autor, tomando entonces un carácter confesional y, si se quiere, autobiográfico. Nicol fue remiso a esta segunda forma a lo largo de toda su vida, y sólo recurrió a ella en un momento muy específico, al final de su vida, cuando consideró -como leemos en este texto- que “La cosa ya se está acabando. Llegó el momento de hablar de mí mismo, cosa que nunca hice”. Efectivamente, nunca lo había hecho hasta entonces. Y tal entonces se puede fechar perfectamente, pues esta intervención pública -y política- no fue aislada. Entre otras intervenciones -no muchas- que cabe agrupar en el mismo contexto, citemos algunas especialmente destacables por sus contenidos: la entrevista que concedió en 1982 a Xavier Rubert de Ventós (recogida en traducción castellana en el reciente monográfico de Anthropos dedicado a Nicol, 1998), la emotiva “Llicó magistral” que pronunció con motivo de recibir el doctorado honoris causa en Barcelona (1984) o la conferencia inaugural del II Encuentro de Filósofos Hispano-Mexicanos, celebrado en La Coruña, en 1986, y que no pudo leer personalmente (“Ética y política”, recogida en Ideas de vario linaje, México, UNAM, 1990). En estas intervenciones podemos encontrar una concisión, un recogimiento, una lucidez y un sentido de la responsabilidad filosófica y política que resaltan, si eso hiciera falta, el valor, la originalidad y el compromiso de esta singular obra que, sin duda, no ha encontrado entre nosotros todo el eco que sería lógico haber esperado. O no tan lógico: leyendo estos textos, entre los que destaca el que aquí presentamos, acaso podamos comprender mejor por qué una obra como la de Nicol no acaba de tener toda la recepción que merece. Y aquí es donde hay que señalar una clave: el merecimiento

no está ni deja de estar en el lado del autor y su obra, sino en el del receptor. Porque se quiera o no, en éste y en tantos otros textos de Nicol, podemos percibir muy bien quiénes somos y qué somos. También qué no somos y no hemos llegado a ser. En filosofía, en política.

Presentamos, pues, un texto fundamental de Nicol, restituyéndolo con un título más apropiado y corrigiendo las erratas localizadas en sus dos ediciones anteriores. Para ello, la ayuda de Alicia R. de Nicol ha sido, como siempre

Antoni Mora

Tuve el mal tino, en mis años de aprendizaje, de escoger como maestros a los más grandes que ha habido, lo cual me condenó a pasar la vida entera en estado de insatisfacción. Tal vez esos maestros me ayudaron a producir un trabajo algo mejor del que hubiera hecho sin ellos; pero no tan bueno como yo deseaba. Todavía hoy me vienen a la mente ideas y proyectos de trabajos que (me consta a mí, que soy quien tiene la facultad de decirlo) serían mejores que todo lo que escribí, o llegarían más lejos. Sin remedio, estos son muchos y habrán de permanecer inéditos. La cosa ya se está acabando. Llegó el momento de hablar de mí mismo, cosa que nunca hice.

Pues estoy en la fase culminante del descontento, la de los juicios definitivos e irrevocables. Y me encuentro ahora, precisamente, confundido porque los demás me dedican homenajes. Los cuales me conmueven, porque son sinceros. No sé si tengo derecho a desairarlos confesando con igual sinceridad que no los merezco: que no he llegado donde un día aspiré a llegar. No es consuelo para mí que esto no se debiera enteramente a una insuficiencia. Lo cual merece explicación.

La gente parece ahora dispuesta a perdonar u olvidar agravios, si alguna vez los cometí; a disculpar errores y deficiencias, que sí han de existir en mi obra. Descartes hablaba de un genio maligno, de un espíritu travieso. Yo creo que anda por ahí rondando un genio benigno que les induce a comparar mis obras con las más salientes de nuestro siglo, que no dejan de ser buenas; pero que, como las frutas de temporada, se han ido marchitando. Obras que ya no ofrecen hoy lo que un día prometieron, y lo que el día de hoy viene reclamando. Pero puede haber también un genio maligno cartesiano que me induzca a mí a establecer referencia con aquellos cuya lección es perdurable. Y esto no sé si está bien, pero es cruel. Porque lo que llamo insuficiencia viene a ser algo que está ahí, aunque sólo yo puedo verlo. Es lo que yo *no hice* aquello que me quita el sosiego.

Cuando yo era chico tuve un sueño, el cual se repetía con ricas variantes todas las veces que estaba solo, que fueron muchas. Soñaba despierto que podía ser un orador; que mi elocuencia convencía, conmovía, arrebatava a la gente; que de mis palabras nacían actos, y éstos producían cambios profundos en la sociedad. Sin pensarlo entonces así, esa palabra de mis sueños era reveladora: iluminaba el buen camino que

debía seguir el pueblo. Parece que, más que político, ese personaje de mis sueños era un educador. ¡Qué feliz sueño!

Como veis, además de feliz era optimista. Pero no. El soñar no borraba la convicción de mi completa ineptitud. Jamás llegaría a tener el suave dominio de la palabra convincente, verdadera, bondadosa, elocuente por su belleza. Es manifiesto que ya entonces empezaba el camino de la sabiduría: adquiriría la triste sapiencia que es el saber que no hay poder.

Me consolaba y desalentaba a la vez mi indomable admiración por los grandes oradores. Pero noté con el tiempo que en mi fantasía no me importaba el resultado pragmático de sus discursos. He olvidado por completo lo que le sucedió a Catilina. Fueron la belleza y la fuerza de los discursos ciceronianos los que se grabaron en mi mente e iban asociados a la imagen soñada del orador ante el Senado romano.

Soñando, pues, empezó a adquirir forma esa vocación de amor por la palabra que me ha acompañado siempre y que fue, lo confieso desde ahora, la causante involuntaria de mi experiencia trágica.

La política era un camino. La filosofía era otro. ¡Habría que escoger uno de los dos! También la vocación filosófica entraña o es arte de hablar. La suya es una palabra menos libre y emocional que la palabra política, más austera e íntima y más severa, pero igualmente gloriosa. ¿Serían incompatibles? A mí me parecían entonces dos géneros de actividad de tiempo completo, cosa que se confirmó cuando vi actuar a los políticos y cuando aprendí la lección socrática. Sin embargo, mucho sufrí cuando tuve que optar y que decidirme (como era inevitable) por la filosofía, renunciando a la política. Algo de mí quedó en el camino. Tuve la terrible premonición de que nunca ya podría poseer un ser completo. La verdad es que entonces no percibía el secreto punto de contacto, la razón profunda por la cual, si bien no hay política sin pensamiento, en cambio no hay absolutamente filosofía con política.

Así llegó el momento en que empecé a estudiar a los griegos, y a percatarme de que el nexo entre ese pensar que es la filosofía, y ese actuar que es la política, es una responsabilidad común; es algo que está en el verbo y que llamamos *paideia*. Esa palabra griega significa educación de los jóvenes, y en general la formación del hombre y la cultura. Una parte de la *paideia* es la política. La política es educadora; y si no lo es, corrompe. Por ahí se desliza la filosofía hacia las preocupaciones políticas: las que versan sobre el problema del hombre y de la comunidad. Me di cuenta de esto claramente cuando la *paideia* desapareció de España.

Con el tiempo maduré (sabido es que esto no tiene mérito) y adquirí lo que desde Unamuno llamamos el sentimiento trágico de la vida. Percibí la trayectoria que habían señalado aquellas andanzas interiores de mi infancia y mi pubertad. Estábamos en situación revolucionaria. Es decir: había que implantar una *paideia* nueva. Percibí como tantos lo que se proponía hacer en España, con España, para España. Percibí lo que sucedería si fracasaba el gran proyecto.

Debo recordar, pues todos lo sabéis, que esa *paideia* no la produjo el gobierno. O más bien: pudo ser una empresa gubernativa porque los mismos gobernantes se reclutaban

precisamente en la grey de los educadores y los sabios. Puede gobernarse un país con un equipo de hombres que no tienen noción de la paideia, sólo si el país está bien sentado y no requiere cambios profundos; no cuando sale de una larga temporada de tiránica imposición de la ignorancia. El caso de la República era único en la historia política europea del siglo XX. La República tenía que venir sin sangre. Terminó desangrado. Ahora la nueva democracia pudo también venir sin sangre, porque ha venido sin pena ni gloria, y ha restaurado la antiquísima disputa de los políticos: sin idea del hombre español, ni proyecto de vida nacional. En suma, sin paideia, igual que antes.

¡Qué contraste con nuestra República! Ella estaba en germen antes de proclamarse: en las instituciones, en la voz de las Universidades, en la esperanza alegre de los estudiantes; que vendría una vida mejor, una vida en que el gobierno y los creadores de cultura no estuviesen divorciados, como sucede siempre en España, y para que no se diga que estoy exagerando, citaré dos ejemplos:

- I Siglos XV-XVI
 Francisco de Vitoria.
 Catedrático de Salamanca.
 Estableció los fundamentos del derecho internacional moderno.

Autor de unas *Relecciones* que sirvieron de texto en su cátedra de Salamanca. De la que fue expulsado por orden del Emperador, quien ordenó que se confiscaran todos los ejemplares de este texto, incluso los apuntes de clase.

La desobediencia al poderoso favorece la cultura, y algún aprendiz de dominico salvó su ejemplar. El cual se conservó en secreto, Dios sabe cómo, hasta que se publicó en el siglo XX.

- II Nuestro Juan Luis Vives, contemporáneo del anterior.
 Catalán de Valencia.
 Humanista. Iniciador de la psicología moderna.
 Profesor de Lovaina y Oxford. No pudo ser profesor de Valencia.

Autor de una obra titulada: *Concordia y discordia*, dedicada al mismo Emperador (traducida en México por un colega *nuestro refugiado*). *Ese Emperador* es aquél a cuyo mando se cubrieron de gloria las tropas españolas, con algunos aliados, en el sitio, asalto, saqueo e incendio de Roma.

Y dice Vives:

«Ojalá que Dios hubiera concedido, o a ciertas personas privadas tanto poder como buena voluntad, o vosotros príncipes tuvierais tan buena voluntad *como poder*.»

(Yo tuve la suerte de que mis obras no fuesen prohibidas en España en la segunda época dictatorial de este siglo).

Pero Vives se ha enterado de que el Emperador prepara una nueva campaña, y le dice:

«No es de pensar que tanto aparato bélico, tanto trastorno en todas las actividades, que parecen arrancar a España de sus raíces, sea sólo un ridículo alarde de fuerza, o para cosechar pueriles aplausos.»
(Todavía hoy, podéis preguntar a un ciudadano culto de Bruselas, como he hecho yo, qué opinión guarda de este Príncipe).

Volviendo a las juventudes contemporáneas, ¿qué esperan los estudiantes españoles de hoy? ¿Qué nuevo aliento de vida les infunde el gobierno?

El español no ha sabido hacer uso de la razón política: divorcio de la política y la filosofía. No ha reaparecido lo que me place llamar el diálogo de los poetas y los pensadores; que no es un literal diálogo, sino una expresión simbólica de prosperidad espiritual. Cuando existe este diálogo, disminuye el afán de poder de los españoles. Por esto, la decadencia de esa comunidad de naciones que se llamará España comienza con los Reyes Católicos. Ellos comienzan el camino equivocado: inician la discordia interior, y cifran la gloria nacional en hechos de armas.

Se habla de la unidad de España como si esta fuera una fórmula mágica que produce efectos sin necesitar definición. Atentar contra la unidad nacional es el mayor de los crímenes. Pero la unidad de España no ha existido nunca, salvo en el breve periodo de la República. La unidad es un proceso renovable de fortalecimiento de vínculos reales, vitales, humanos, fraternales. No es una vinculación impuesta: política, centralista, burocrática, militar.

Se han usado con mucha frecuencia en el lenguaje político de Cataluña los conceptos de hermandad, solidaridad, mancomunidad. Son conceptos de contenido ético, que los regímenes españoles escuchan con recelo, pues tienen para ellos un carácter subversivo. Son los conceptos a los que dio literalmente legalidad nuestra República.

Lo que ésta representó fue el régimen de la verdad. Pues la verdad es que la diversidad es riqueza, y la uniformidad decadencia. No hay que insistir en lo que ha sido probado por los hechos. Las épocas de más aguda persecución de la cultura catalana han sido las épocas de más insigne mediocridad en la cultura española. Digo que la represión del idioma es pecado contra el espíritu, un pecado de los que dice el pueblo que no tienen perdón de Dios. En esta disociación interna, en esta especie de auto-mutilación espiritual, no pueden coaligarse las voluntades para una empresa común, ni puede mantenerse la estabilidad del país. No puede el país incorporarse con decencia en la comunidad de naciones civilizadas. Sólo hay que recordar las dos dictaduras militares que ha sufrido España en menos de un siglo; las cuales, ambas, aspiraban a implantar definitivamente la unidad nacional. A mí, el azar, el destino y el carácter, que son las coordenadas de la vida, pusieron lejos de mi alcance la lengua y la tierra. Esa fue la primera despedida y el comienzo de la experiencia trágica.

Creo que hay entre los presentes alguno de los que participaron en la experiencia del período de gestación de la libertad y de su efímera vigencia. Aquellos camaradas estudiantes de la FUE del año 31. La Cortes Constituyentes estaban en sesión. Parecía que se hubiese esfumado la España triste, sombría. La juventud estaba alegre y los chicos de la Barraca cantaban en la Magdalena «esta noche he de poner, en las esquinas bandera». Aquello se acabó y no se ha renovado. El crimen contra España y contra Cataluña no se ha salvado.

Saldar no quiere decir vengar la afrenta, porque somos gente de paz. Significa reparar el daño, restituir el bien. Significa renovar la intención revolucionaria radical de la España del 31, que sólo quería, sólo eso, un hombre nuevo. Significa enseñarle a la gente, comenzando por la gente del gobierno, que la libertad, o es completa y para todos, o no existe; que nadie tiene poder en la nación para concederla, regatearla o rehusarla; que la libertad de hablar, estoy pensando en ella, no se puede dividir en parcelas desiguales, y a ti te toca ésta, porque yo lo quiero así, y al otro una más chica.

La abominable presunción y soberbia de decidir quién va a hablar y quién no puede hablar en su propio idioma y en su propia tierra.

La idea del empobrecimiento espiritual del país convertida en programa de gobierno.

La filosofía en estas condiciones da firmeza, pero no consuelo. Que no les digan que la verdad produce la serenidad. Nada de escenografía pseudo-helénica. Ella más bien, con frecuencia, agita y atormenta. Esto ocurre cuantas veces la verdad conecta con el bien, y promueve la enmienda de los males. Que como son tantos en nuestro siglo, los males de la maldad y de la injusticia, la verdad conduce al borde de la desesperación, por no hablar del peligro que acecha al descubrimiento y la denuncia de los males. Muchos han probado, en su carne y en su alma, que la vida inspirada en la filosofía es una vía peligrosa y *de sufrimiento*.

Tal vez se entienda ahora con lo que digo (lo que digo ahora por primera vez) de qué autoridad me siento revestido cuando hablo de tragedia. Aquí no hay retórica ni patetismo. Todo lo que atañe a la lengua, a la palabra, al verbo, al *logos* afecta en lo más profundo, y pienso que en lo más noble, *del ser*. Es esta una vocación sin ambición; es un amor que no ofende ni agravia a nadie, ni tiene pecado, pues en su inocencia no caben las tentaciones. Ésta es la vocación que en España ha sido perseguida, como veréis enseguida, desde el siglo XVIII.

Pero digamos antes unas palabras sobre nuestra condición común y sobre mi silencio durante estos años de emigración.

Porque somos emigrados; no somos transterrados. El transterrado es un desheredado. La palabra no está mal, y puede emplearse de buena fe. Pero si la emplea un filósofo, debe examinarse en sus aplicaciones; porque entonces ya pretende ser un concepto que designaría la condición común de los emigrados. Y entonces es una falsedad.

La palabra emigración es buena y antigua, y designa una condición objetiva; no prejuzga las experiencias íntimas que esta condición puede ocasionar. Si la emigración es un fenómeno colectivo, no sirve para ella un concepto de alcance meramente

individual, que prescinde del hecho capital de la solidaridad de los emigrados; de su causa común; de unos ideales compartidos que habrán de triunfar, como sea, en España y en el mundo.

El transterrado es un simple jornalero sin compromisos; que lo mismo le da trabajar allí que acullá; un hombre que no retuvo ningún amor (seguramente porque ninguno lo movía como causa y razón de su vida). Ciertamente es que la planta se trasplanta, y fructifica en tierras diferentes de aquella donde brotó por primera vez. Pero la tierra del hombre, como su lengua, no es cosa que pueda permutarse. Ningún hombre cabal, quiero decir, ningún hombre bien arraigado, puede renunciar interiormente a lo que es constitutivo de su ser, como la tierra, y sobre todo la lengua. Emigrar es sentirse privado de lo más propio. Vivir en dolor y en silencio, porque de estas cosas, repito, no se habla.

No se habla sino hasta que la impaciencia desborda porque se aproxima el momento terminal, que entre otras cosas, es el momento de poner las cosas en claro. Se pueden hacer frases bonitas con la palabra transterrados, y por lo bonito puede el mexicano aceptar y agradecer semejante modo de decir las cosas; porque este decir ha sustituido la pena con el halago. La tragedia no es bien vista en sociedad. Y quien declara que ha renunciado *íntimamente, para siempre*, a su tierra, y adopta la otra, sólo hace méritos para obtener popularidad. Nadie se detiene a examinar lo que ha dejado en el camino. Éste no *padece* del exilio. Éste carece de sentido trágico.

Creo que el mexicano que sabe mirar las caras de la gente prefiere el servicio nacional que presta el emigrado, el buen trabajo honrado y limpio; aunque sospeche que la honradez oculta algún dolor incurable; que no el proverbial alejamiento de la patria, sino la profanación que sufre mientras tanto aquello que hace que una patria sea *acceptable*.

Nunca se entendieron tan bien los españoles como cuando pudieron deleitarse con el diálogo de los poetas y los pensadores. Los cuarenta años que vinieron después fueron los del diálogo entre generales, curas y banqueros, digno de estar representado en los caprichos de Goya. La picaresca sangrienta. Esperábamos que ahora ese fervor que produce sentirse repentinamente libres produciría entre los españoles un nuevo renacimiento. Lo que se produjo fue una explosión de grosera pornografía, y el más trivial de los afanes: el de ganar dinero deprisa y como sea. Y la milicia levantisco, empeñada en seguir mandando. Continúa la forma de vida materialista de la dictadura. No muestra su vigor la ilustre ley de vida que es el humanismo. Adiós España, por segunda vez.

Los generales no tienen *paideia*. Su régimen ha corrompido y deformado al pueblo. España, que era rica en educadores, se encuentra hoy privada de ellos. En la gobernación del Estado hay un hombre que sabe reír; que juzga iguales a todos los españoles; que ama a la lengua catalana y sabe hablarla; que tiene una contextura de carácter paradójicamente igual que la de un auténtico republicano: en su Majestad el Rey, que Dios guarde.

El gobernante español de ahora no tiene el sentimiento trágico ni tampoco sabe reír. No parece cautivarle la gracia española. No se ha preocupado nunca por *el ser* de España y del hombre español. La democracia significa para él organizar las elecciones, equilibrar la balanza de pagos, vestirse de señor para asistir a las reuniones internacionales, y disimular su ignorancia con el ropaje de la solemnidad. No tiene sentido del humor. Paideia, señores políticos, paideia.

Es catártico, es buena medicina, repasar alguna vez el memorial de agravios. Si no se recuerdan, se adormece el alma y se vuelve insensible.

Yo soñé, como he dicho, en el gran poder de la palabra. Pero ¿qué pasa cuando no se puede hablar: cuando a uno le han arrebatado los interlocutores? Hablar a los convencidos es desahogarse en buena compañía: no es educar. Se puede hablar, como hice ahora, de la tierra y de la lengua, porque este tema está cubierto de sombras espesas, de ignorancias, malos entendimientos y malas intenciones. De otro modo, no sería *necesario insistir en* que la tierra *no es un compuesto químico*, ni es mero paisaje, ni es lo que consta en el registro civil. Tampoco la lengua es mera gramática. La tierra es materna, y como tal, sustancia nutricia. La lengua es como la llama que ilumina y da calor y luz a esa tierra. Si se pierden las dos, esta situación trágica necesita un ser generoso que sepa acoger a quien llega con el alma herida.

Pero no todos los crueles hacen sólo daño. A veces hacen reír, porque su petulancia es grotesca. Grotesco es, en buena parte, ese largo memorial de los agravios que ha sufrido Cataluña. Porque la cosa viene de lejos.

Ejemplos sacados al azar de un interminable memorial de agravios:

- En los inicios de la «Conquista» de América. Real Decreto que prohíbe a los catalanes embarcarse para esas nuevas tierras, adquirir propiedades y establecerse en ellas.
- Principios del siglo XVIII. Montserrat. Sabido es que Montserrat es como la sede de la espiritualidad catalana. En el monasterio, la Virgen está custodiada desde hace siglos por los monjes benedictinos. La autoridad decreta que *se expulsen* los monjes catalanes y se sustituyan con monjes españoles. Los cuales, naturalmente, no entienden el catalán, ni hacen el menor esfuerzo por aprenderlo.
- Los campesinos de Monistrol, al pie de la montaña, suben alguna vez al monasterio para confesar y comulgar. Digamos: el domingo de Pascua. Un campesino muy humilde se arrodilla en el confesionario y dice, en catalán (¿con qué otro idioma?) las palabras del ritual. El monje lo interrumpe diciendo: «Hábleme usted en cristiano». La frase arraigó y todavía se ha oído en nuestro siglo (en boca, tal vez, de algún arrogante burócrata).
- Después de la guerra de 1714, se había promulgado el Decreto de Nueva Planta. De cual puede dar idea uno de sus artículos, donde se decía que las casas de Cataluña podían tener un cuchillo, y sólo uno; el cual debía estar atado con una cadena en la mesa de la cocina. Seguramente el gobierno de Felipe V sentía temor de que las mujeres catalanas, tan dulces (no todas, claro, pero así las

veo yo), con ojos serenos de tanto *mirar a la mar, salieran de sus casas enfurecidas contra los invasores* y empezaran a acuchillar españoles.

- A mediados del siglo XIX (he olvidado la fecha) el gobierno español decretó la clausura de la Universidad de Barcelona (también he olvidado el pretexto, si lo hubo), y su traslado a la pequeña ciudad de Cervera, cercana a Lérida. Allí quedó instalada en un edificio grande, que todavía existe, ocupado por un Seminario Conciliar. En el pórtico de ese edificio el gobierno español mandó poner una inscripción en piedra que decía: «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar».
- La lista no se interrumpe, y escojo para terminar un ejemplo del siglo XX. En 1926, se promulga un decreto que prohíbe a los maestros hablar en catalán; no sólo en clase, sino en los patios y pasillos, so pena de ser trasladados a una población española.

¿Y la universidad? La Universidad de Barcelona fue fundada por el cardenal Cisneros, que era el hombre educado de la Corte. Pienso que Cisneros tuvo la idea de equilibrar geográficamente las universidades del país. Al poniente estaba la de Valladolid, que es la más antigua, y la de Salamanca, que también tiene lo suyo. Decidió entonces fundar otra más al oriente, *en el lugar que hay se conoce como Alcalá de Henares*, y otra en Barcelona.

Para la de Alcalá se construyeron unos hermosos edificios, que todavía existen (y que debe ocuparlos la Universidad, si es cierto que el actual régimen la ha restaurado). Para Barcelona los Reyes no dieron ni un mísero maravedí, ni siquiera para agradecer los dineros que reunieron los barceloneses para sufragar los gastos de la primera expedición atlántica de Colón.

Claro: esos caballeros eran judíos. Pero catalanes. (Gente sabia: la Fundació Bernat Metge empezó a publicar una Colección Hebraica catalana antes de la guerra. Esto ha desaparecido).

Supongo, no lo sé, que la Universidad ocuparía los edificios góticos que había ocupado en la Edad Media el *Studium Generale*, que fue en toda Europa el antecedente de las universidades. Esos edificios existen todavía, y *actualmente albergan el Institut d'Estudis Catalans*, la Biblioteca de Cataluña, l'Acadèmia de Medicina, etc. Las piedras, por lo menos, mantienen la tradición de cultura.

Es interesante anotar algo de la historia de Alcalá. El cardenal Cisneros, que conocía sus latines, puso a esa universidad el nombre de *Complutensis*. Porque a la ciudad que habían construido los romanos, un poco al noreste de lo que hoy es Madrid, le dieron ellos el nombre de *Complutum*. Luego vinieron los moros (como dicen en España) y le cambiaron el nombre: le dieron el nombre árabe de Al-Kalá. Luego vinieron los cristianos (unos cristianos que tenían predilección por los moros, más que por los romanos) y aceptaron el nombre que había ostentado la ciudad durante mucho tiempo.

Pero los pobladores de ese lugar siguieron llamándose a sí mismos complutenses. Hay incluso un escrito de cierta fama, nacido ahí, cuya casa natal conserva y ostenta

en la fachada la clásica lápida que dice: «En esta casa nació Don Miguel de Cervantes y Saavedra» etc. Quienes hemos estudiado literatura española sabemos que el complutense por antonomasia es Don Miguel.

Si nos guiamos por la historia, comprobaremos que, en aquel entonces, lo que luego fue Madrid no era más que, como dice Ortega, «un humilde villorrio manchego»: unos cortos campos de patatas y cuatro borregos, a la vera del caudaloso Manzanares.

Sin embargo, corriendo el tiempo Madrid, que no tiene catedral, le arrebató a Alcalá su Obispado. Y de alguna manera (no recuerdo cómo) el gobierno central le arrebató igualmente la Universidad, que permaneció clausurado, para que Madrid, que ya era capital, pudiera tener una, sin competencia cercana.

El último episodio de esta curiosa comedia tan española ha sido la decisión del gobierno español de aplicar a la Universidad de Madrid el título de Complutense. Lo que significa «Universidad de Alcalá de Henares de Madrid». Esto de «complutense» suena bien, pero no tiene sentido. Vanidad de nuevo rico. Los complutenses siguen siendo los pobladores de la muy antigua ciudad de Alcalá de Henares.

Pero he divagado. De lo que se trataba es de precisar la edad de la Universidad de Barcelona, hermana gemela de la Complutense, y lo que ocurrió en ella con la lengua. En tiempo de Cisneros, ahí se hablaba latín, la lengua universal de la ciencia, y naturalmente el catalán, que era la lengua de la tierra. ¿Y ahora?

En el momento actual existen en el mundo 154 universidades donde se estudia catalán, desde Moscú a París y desde Helsinki a Saskatchewan, en Canadá. Pero no se estudia catalán en la Universidad de Barcelona. Ésta, donde yo estudié, es ahora, en tiempos de libertad y democracia, una Universidad del poder central implantada en Cataluña.

No se ha logrado que ese poder central reconozca la oficialidad del catalán (junto con el español) en su propio territorio. Los gobiernos se empeñan en que los catalanes consideren al español como lengua impuesta, y no como lengua amada.

El pasado no puede revivirse. La poesía puede releerse y así permanece tan viva como siempre. Ninguna caduca. Ahora pienso en que los refugiados siempre hemos pecado de ilusos, y no me ruboriza la ilusión de que un día, cuando ya no esté puedan oírse en España nuevamente las voces tranquilas y amigas de los poetas, y hasta quizás las de los pensadores.

Quiero pues ponerme desde ahora en ese futuro trayendo del pasado dos ejemplos de verbo poético español de nuestro siglo, que he escogido un poco al azar (hay tanto de donde escoger).

Guerau de Liost, poeta catalán de este siglo:

Marianna

Oh dona pacient com una arada, gustosa com la farina de blat, qui lleveu sempre la màxima anyada amb una mica d'amor i pecat! Quan esteneu la migrada bugada, com un ocell presonera es debat.

Y ahora nuestro querido Juan Ramón. Fragmento de una prosa poética que lleva por título

La menuda floración.

¿Qué alegría mayor pudo pensar mi sentimiento? Que no bastaba el puro pensamiento para pensar al niño; necesario era crearlo en un florecimiento de primavera, que en la menuda flor de la ladera, la flor en luz del puro sentimiento. Por eso vive en flor menuda, en flor de niñodíos, florecilla desnuda, y en flor de niñodíos, desnudo yo lo siento.

¡Ay! ¡Dulces lenguas de mi tierra! Quisiera yo saber en qué consiste... Quisiera que alguien me explicase la causa y razón, la causa, vive Dios, del odio y la discordia.. La razón. Yo no sé...